

PENÉLOPE CHETWODE, UNA VIAJERA INLESA POR HUELMA EN DICIEMBRE DE 1961

Bernardo Galiano Quesada

Francisco Ruiz Sánchez

RESUMEN

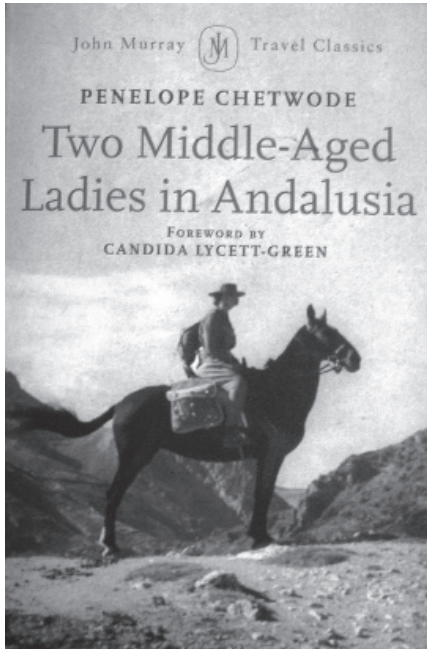
Penélope Chatwode fue una viajera inglesa por la Andalucía rural de los años 60 que supo plasmar en una hermosa narración sus vivencias. Escribió *Two middle-aged ladies in Andalucía (Dos señoras de mediana edad en Andalucía)*, destacada obra literaria de la que no existe una versión en castellano. Nosotros traemos aquí la traducción literaria de aquellos pasajes que están relacionados con su paso por la localidad de Huelma (Jaén), aportando además dos fotografías inéditas.

SUMMARY

Penelope Chetwode was an English traveler by rural Andalusia 60s who was able to capture in a beautiful story their experiences. He wrote *Two middle-aged ladies in Andalusia (Two middle-aged ladies in Andalusia)*, outstanding literary work in which there is a version in Castilian. We bring here literary translation of those passages that are related to its passage by the town of Huelma (Jaén), also providing two unpublished photographs.

PENÉLOPE CHETWODE, UNA VIAJERA INLESA POR HUELMA EN DICIEMBRE DE 1961.

Penélope Chetwode fue una escritora inglesa, esposa del poeta también inglés John Betjeman, que en plena madurez profesional se atrevió a realizar un viaje por tierras de Granada y Jaén a lomos de una yegua, *La Marquesa*, entre el 6 de noviembre y el 3 de diciembre de 1961. En nuestra provincia recorre las tierras de Pozo Alcón, Tíscar, Quesada, Cazorla, Torreperogil, Úbeda, Jódar, Bélmez de la Moraleda y Huelma. Sus experiencias, al igual que hicieran sus ilustres paisanos tiempo atrás, las recogió en un libro al que tituló *Two middle-aged ladies in Andalusia*, que vendría a traducirse como *Dos señoras de mediana edad en Anda-*



Portada de libro de Penélope

lucía, refiriéndose a ella, que por aquel entonces tenía 51 años, y a su yegua de 12. Está estructurado en forma de diario, y de él no se ha hecho ninguna traducción al español pese al éxito que tuvo en su momento, y que mantiene aún en la actualidad en los ámbitos universitarios, donde se estudia como modelo de “Libro de Viajes”.

Sobre la obra y su autora se ha escrito mucho. En particular, Carmelo Medina Casado tiene un excelente trabajo titulado *Viajeros ingleses en Andalucía: una visita a lomos de una yegua por los pueblos de Mágina* que aparece publicado en la revista nº 11 de Sumuntán y a la que nos remitimos para una mayor información¹.

¿Por lo tanto, qué es lo que queremos añadir como novedad? Nosotros traemos aquí la traducción al castellano de varios pasajes de la obra, concretamente aquellos que están centrados en su estancia en Huelma, además de aportar dos fotografías inéditas de su paso por nuestra localidad, y que acompañan y complementan al texto perfectamente².

La primera traducción fue realizada por nuestra compañera y maestra del Colegio de Huelma Inmaculada Moreno Díaz. Luego fue corregida por una profesora inglesa de literatura que pasa largas temporadas en la alpujarra granadina. El resultado final es un texto en el que se pueden hal-

¹ Colectivo de Investigadores de Sierra Mágina (CISMA). “Sumuntán nº 11”. Carchelejo 1999. Se puede leer en http://www.cismamagina.es/app_sumuntan/pdf/11/11-387.pdf

² Las fotografías nos la ha dejado José Francisco Guzmán Jerez, hijo de Juan de Dios Guzmán Justicia, aquel que recibió y agasajó en Huelma a nuestra protagonista. Las fotografías fueron hechas por la escritora y luego remitidas por correo. Lástima que no puedan reproducirse en color.

lar todos los valores artísticos de nuestra escritora. Con su lectura comprobaremos que estamos ante una hermosa narración. Hermosura basada en la sencillez. Y sencillez no es simpleza.

Sencillez es fruto de un estilo equilibrado, con sustantivos llenos de contenido, verbos que ayudan a encauzar la acción, calificativos evocadores.

Sencillez es la virtud de poder recoger vivencias muy cotidianas pero que, por ella descritas, tienen la virtud de reflejar la médula de la sociedad que visita.

Sencillez es saber recoger la belleza de las tierras por las que trota con su yegua en pocas pinceladas, las suficientes para no cansar al lector que desea avanzar en la lectura buscando nuevas imágenes.

Sencillez, en fin, es templanza. Y templanza, acompañada de una leve sonrisa, es lo que despierta Penélope al lector que va pasando las páginas de su libro.

Pero pasemos a disfrutar de este bello relato.

“Bélmez de la Moraleda , viernes, 1 de diciembre de 1961.

La misa empezó sólo cinco minutos tarde. Yo le di a *La Marquesa* una buena comida antes de irme a la iglesia pero, cuando volví, no pude conseguir nada de comer para mí. La cafetería estaba cerrada y el fuego de la posada estaba apagado, así que me tomé un vaso de agua helada y un trozo de pan seco mientras empaquetaba mis alforjas. Durante el pasado mes había estado viviendo fuera de tiempo. Nunca llegaba tarde para nada porque la misa, el desayuno, el almuerzo y la cena se retrasaban siempre. A menudo terminaba en un lugar bastante diferente del que había estado esa mañana. Pero no me importaba en absoluto: iba de pueblo en pueblo por puro placer. Nunca había sido mi intención establecer un récord de larga distancia y sólo una vez, de Cazorla hasta Úbeda, hicimos lo que parecía una prueba de resistencia. No había leído el periódico ni usado el teléfono, ni hablado con nadie que no fuera español. Me había introducido en el mundo de George Borrow y Richard Ford y, a pesar de tener la radio y la electricidad aunque solo para una bombilla de 15w, la España rural todavía permanece exactamente como ellos la describen. De repente me di cuenta que tenía que volver al mundo moderno donde había

cosas tales como fechas determinadas y que tenía que coger un avión para Gibraltar en pocos días, así que no me podía arriesgar a perderme en más sierras. Por esta razón quedé con mi casero, Diego Cruz Gómez, para que me escoltara hasta el Santuario de la Fuensanta en su burra.

Salimos un poco antes de las nueve, que era la hora de la salida del sol, ya que estábamos empezando diciembre. Había tal lío de senderos en todas direcciones que incluso mi guía se confundió y tuvo que preguntar a varios cortijeros con los que nos cruzamos. Un hombre montado en un mulo, al que encontramos, nos dijo que era un “*camino muy malo*” (una frase que sonó a música en mis oídos) y que sería mejor que fuéramos por la carretera aunque fuera un camino más largo. Afortunadamente Diego estaba tan decidido como yo a atenerse a los caminos. Como es normal el “*camino muy malo*” nos llevó a través de un paisaje de tal belleza que yo quería quedarme allí para siempre. El profundo azul del cielo, sin nubes, hizo que el recuerdo del mal tiempo de la pasada quincena pareciera un sueño medio olvidado. Tuvimos que cruzar un barranco con mucha agua, luego, el camino nos llevó por encima de tierras labradas donde, entre las rocas, tintineaban los cencerros. Inventé una adivinanza:

- ¿Qué clase de animal es clarividente?

- Las ovejas españolas porque ven la hierba que es invisible al ojo humano.

Nunca dejaba de andar para que la pequeña burra blanca pudiera ir al paso de la yegua. Observé que tenía herraduras delante, pero no detrás y Diego me dijo que a todos los burros les ponen las herraduras de esta forma mientras que, a los mulos y a los caballos, normalmente, se las ponen en las cuatro patas. Dos veces, durante nuestro viaje, golpeó a la burra en su cuello y le dijo: *¡Muy buena la burra!* Pregunté si le daba de comer cebada pero me dijo que no podía costárselo: vivía de la paja y, de vez en cuando, pastaba. Esto la mantenía en buenas condiciones físicas. Diego me contó que la vida de un posadero era pobre. Me dijo que la mayoría de los huéspedes sólo querían un espacio para dormir en el suelo y además traían su propia comida. Yo había observado que ninguna taberna pequeña tenía barra ni vendía bebidas.

A las once en punto, Diego, inesperadamente, saltó de su burra, sacó una barra de pan y algo de jamón y, sentados en la orilla del camino, nos lo comimos con nuestras navajas junto con un cacho de chocolate que

encontré en uno de los bolsillos de mis pantalones de montar. Mi cuerpo estaba extraño debido al resfriado que había cogido en la Sierra de la Cruz. El jamón era excelente pero sentí un fuerte dolor de tripas.

Después de dos horas y tres cuartos, en lugar de las tres horas y media que había predicho Diego, llegamos, desde Bélmez, hasta el Santuario de la Fuensanta. La iglesia está adosada a un cortijo grande en el que varias familias viven y trabajan la tierra de los alrededores. Uno de los hombres me llevó a ver la fuente sagrada, situada en la parte de atrás, la cual había curado, según la antigua leyenda, la mano de la reina de Granada. La iglesia es mayor que la de Cuadros pero del mismo periodo, del s. XVII. Estaba blanqueada por dentro y por fuera, pero no decorada. Hay un pesebre napolitano (Portal de Belén) muy bueno en una caja de cristal en el pasillo norte que está desmejorado por el añadido de unas figuras de yeso de la Sagrada Familia de tamaño desproporcionado en relación con las demás. Por encima del altar hay una pequeña Virgen con cara de muñeca que lleva un vestido de ricos bordados. Me habían dicho que este excesivo engalanamiento de las estatuas con ropas bordadas fue el inicio del declive de la escultura religiosa española.

Me despedí de Diego Cruz Gómez y su "*Buena burra blanca*" y continué hacia Huelma mientras ellos regresaban a Bélmez. Hice el trayecto, a través de olivos por una carretera sin grava y con curvas colina abajo, durante cuatro kilómetros, hasta llegar a Huelma. Sobre este pueblo se asienta la mejor fortaleza en miniatura de dos torreones que jamás he visto. Había decidido quedarme aquí sólo para almorzar y luego llegar a Montegícar sobre el anochecer pero, como ocurre muy a menudo, Dios planeó algo diferente.

La posada estaba en la plaza y ató a "*La Marquesa*" en una cuadra espaciosa situada en la parte de atrás. Compré cebada en una tienda de ultramarinos cercana y le dije al posadero que sólo la dejaría allí durante un par de horas. Me fui a una excelente cafetería que hay al otro lado de la plaza y que era la mejor de Huelma, con toda clase de manjares enlatados y embotellados. Había gran variedad de vinos y licores en las estanterías de las paredes y una gran variedad de tapas o aperitivos en platos sobre el mostrador. Me decidí a comer y pedí una fuente con pescado, tomates, alcachofas y una botella de "*Citronia*", mi limonada favorita.

Mientras me estaba tomando el café, al terminar de almorzar, un hombre delgadito y pequeño, de unos 60 años, se acercó a mi mesa, se inclinó, dijo buenas tardes y sacó un papel del bolsillo de su camisa que me dio. En él estaban escritas estas palabras: *Penélope Valentine Hester Chetwode. Nacida el 14 de febrero de 1910*. Entonces yo le dije: Pero Señor, ¿dónde consiguió esta información?

- Nos conocimos en la casa de D. Alberto la pasada noche.- Contestó.

Obviamente había sido uno de los hombres que había entrado un momento en la casa del cura durante la clase de inglés.

- ¿Usted debe haber conseguido mi nombre y mi fecha de nacimiento de la Guardia Civil?

Él sonrió e insistió en llevarme a su casa a comer. Le dije que ya había almorzado, pero lo que no le pude explicar es que mi estómago estaba trastornado.

Este hombre vivía en una casa de dos plantas muy bien amueblada situada justo debajo de la posada. Además tenía una gran cochera y un jardín en la parte trasera. Las estancias estaban todas en la primera planta, incluido un cuarto de baño moderno con WC. Almorzamos en una mesa camilla al lado de una ventana: un caldo de pollo muy bueno, pulpo frito, jamón curado, uvas y granadas. Lamenté el hecho de que la radio hubiera reemplazado a la guitarra en todas las posadas. Todos los viajeros ingleses del S. XIX escribían que en ellas siempre había un guitarrista que acompañaba a cantantes y bailadores cada noche. El yerno de la casa, D. Juan de Dios Guzmán Justicia, dijo que tenían un viejo trabajador que tocaba flamenco muy bien de oído porque no sabía ni leer una nota de música ni escribir una palabra. En diez minutos, el viejo, estaba sentado en el salón, cerca de la mesa camilla. Sus rasgos ibéricos, enjuto y sin afeitar, se transformaron por la belleza de las sevillanas y fandangos que estaba tocando.

Los inquilinos de la casa eran la madre, el padre, su hija, el yerno y sus tres pequeños. Todos vivían amigablemente en la misma casa con tres sirvientas para cuidar de los niños, una de las cuales, una chica de 13 años, gorda, guapa y feliz, tenía como ocupación jugar con los niños y servir la mesa.

- ¿Estaba ella verdaderamente siendo privada de la posibilidad de ir al colegio?

Nos quejamos de la educación y gastamos mucho dinero en modernos colegios de secundaria y muchos de los alumnos mayores todavía no saben leer ni escribir adecuadamente.

- ¿Y harán de nuestras chicas, esposas y madres tan eficientes y contentas como sus compañeras españolas las cuales hoy en día no solo pueden leer y escribir (comprobé a varias), sino que además tienen un buen conocimiento de la doctrina cristiana y saben coser, lavar y planchar fantásticamente?

Mis amigos eran dueños de tres cortijos de la localidad incluyendo uno cerca de Bélmez donde conocí al abuelo D. Juan Jerez Díaz, en la casa de D. Alberto. Ellos hacen la mayor parte del trabajo del campo con mulas y me contaron que cada animal gastaba una ración de tres kilos, o sea unas siete libras, de cebada al día. Yo les contaba cómo estaba de satisfecha de ver a todas las mulas de Andalucía en tan buenas condiciones, pero que no podía comprender por qué eran esquiladas de arriba abajo dejando el lomo desnudo y la barriga cubierta. Tampoco nadie me había podido explicar el porqué una burra tiene el mechón caído al final de su cola mientras a un semental se le esquila. La respuesta era siempre la misma: *¡Es costumbre!*

Era demasiado tarde para pensar en ir hacia otro pueblo, así que fui a la posada y le dije al posadero que quería una habitación para pasar la noche. Luego me puse mi única falda, la que siempre aparecía sin ninguna arruga. Las señoras de la casa de los Jerez, madre e hija, me llevaron a ver una gran iglesia del Renacimiento que estaba muy bien por fuera pero demasiado restaurada por dentro y sin ninguna obra de arte interesante. El párroco de Huelma y su coadjutor eran hermanos y uno de ellos estaba a punto de bautizar a un niño cuando entramos. Fui invitada a tocar el armonio, lo cual hice extremadamente mal durante diez minutos. El registro era inflexible y la única música que pude encontrar que conocía era “*Stille Nacht*” y “*Missa de Angelis*”, que parece ser tan popular en España como en Inglaterra.

Justo fuera de la iglesia había una estupenda vista de la fortaleza y pensé que estaba lo suficientemente cerca del pueblo como para subir

hasta allí. Luego fuimos a ver a la madre de la señora, de 87 años, que estaba sorda y vivía cerca. Ella estaba sentada junto a una mesa camilla y hacía croché con una hija soltera que salió a confesarse cuando nosotras llegamos. Tan pronto como ella volvió tomamos un té angloespañol que consistía en pan con mantequilla, miel, café y dos platos de embutido, uno negro y otro rojo. La señora y yo fuimos luego a las oraciones nocturnas. El armonio era ahora tocado bastante mejor y el cántico era bastante bueno. Después me llevó al casino. El club, que estaba por encima de la excelente cafetería, era frecuentado por los hombres profesionales del pueblo. Nosotras éramos las únicas mujeres allí y me sentí muy honrada. Nos sentamos junto a una mesa y nos bebimos dos botellas de *citronia*. Mientras hablábamos muy despacio en inglés me presentaron a dos nuevos alumnos: el médico local y el alcalde, quien era también el director del colegio. Este último había estado en contacto con la Embajada Británica en Madrid y estaba muy entusiasmado con todo lo inglés. Le dije, sinceramente, que hablaba mejor inglés que el médico y que D. Alberto. Los tres conversamos durante media hora. Al médico le hacía mucha gracia la expresión “*Llueven gatos y perros*”, y me enseñó que la expresión española equivalente es “*Llueve a cántaros*”. Entonces recordé que un cirujano español había sido el primero en hacer una lobotomía prefrontal y para explicarlo dibujé una cabeza en una hoja de papel, lo que el médico entendió perfectamente. Y en su propio idioma él me habló acerca del Instituto de Investigaciones Clínicas de la Universidad de Madrid.

Huelma, sábado, 2 de diciembre de 1961

Tomé la decisión de no tomar nada para desayunar, excepto coñac y leche, con la intención de calmar mis tripas, así que fui a la cafetería excelente donde una mujer estaba fregando el suelo. El camarero me trajo un vaso de leche caliente y un pequeño vaso de coñac que me bebí con gran esfuerzo y que me alivió algo el dolor. Fue extremadamente molesto caer en esta enfermedad interna, la cual muchos ingleses sufren cuando van al sur de Europa. Compré dos manzanas en el mercado ya que creo en sus poderes curativos; luego fui a despedirme de mis amigos. Eran las diez y cuarto de la mañana y estaban a punto de desayunar churros y café. El joven D. Juan de Dios había partido los suyos en un gran cuenco, dos

veces mayor que el de una taza normal de desayuno, y había vertido el café encima de ellos quedando el aceite flotando. Los tres niños corrieron y me mostraron los dibujos de San Jorge y San Jaime que yo les había hecho la tarde anterior y que ellos habían coloreado muy bien. Todos querían montar a *La Marquesa* así que, cuando su padre hubo terminado el desayuno, me ayudó a montarlos: dos en la montura y uno en la grupa; así, los paseamos hasta la parte alta del pueblo donde yo me monté y me introduje en un bonito camino sin grava ya fuera de la población.



“dos en la montura y uno a la grupa...” . Juan de Dios y sus hijos montados en “La Marquesa”

La Marquesa, en esta etapa del viaje, estaba respondiendo tan bien que hizo el paseo a medio galope y pienso que impresionamos a la multitud de huelmenses que se habían reunido para ser espectadores de nuestra marcha. Pero nunca le pedí a *La Marquesa* que medio galopara y, cuando bajábamos despacio, una vez fuera de la vista de nuestros admiradores,

me tuve que girar cada pocos minutos para deleitarme con la belleza del castillo de Huelma y, como telón de fondo, el cielo azul oscuro sobre Sierra Mágina, sobre la que había montado al ir de santuario en santuario.

Después de unas horas cabalgando, calculé unos siete kilómetros, subimos hasta un cortijo blanco situado en lo alto de una colina y, sin previo aviso, apreciamos la cara norte de Sierra Nevada, ya cubierta de nieve, que se extendía de este a oeste a lo largo del horizonte. Desde este instante, y en los dos días últimos de mi viaje, cabalgué por un paisaje dominado por esta gran sierra. A veces desaparecía cuando deambulábamos a través de barrancos, pero siempre aparecía un poco más lejos para nuestro disfrute, desde otro nuevo ángulo. Al menos hablo por mí, ya que *La Marquesa* no pensaba nada más que en la hierba y en las bellotas.



“... y sin previo aviso, apreciamos la cara norte de Sierra Nevada, ya cubierta de nieve...”

Nos equivocamos de dirección desde el cortijo porque, o me dieron direcciones malas en el mismo, o quizás no escuché cuidadosamente las instrucciones quedando anonadada por la repentina aparición de las montañas. En cualquier caso anduvimos unos tres kilómetros fuera de nuestro camino, así que decidí volver sobre nuestras huellas ya que no podía permitirme seguir perdidos durante más tiempo. Almorzamos cerca de un diminuto arroyo con buena hierba. Me comí las dos manzanas

y luego dormí al sol para despertarme unos veinte minutos después. *La Marquesa* aún continuaba comiendo alegremente unas cien yardas arroyo abajo.

Llegamos a Montegícar donde un Guardia Civil, que estaba fuera del cuartel, me dio excelentes indicaciones. Siempre llamaba a los guardias porque es su obligación conocer cada paso de mula o de cabras por su zona. Después seguimos cabalgando hacia el oeste con el sol girando desde mi hombro izquierdo hasta mi cara. El camino se extendía sobre la tierra cultivada, con las grandes montañas en el horizonte, hacía el sur. Creo que no he visto un paisaje tan hermoso, ni siquiera el de Kashmir (en el Norte de Pakistán y La India). Cabalgaba sintiendo físicamente el silencio. Mis sentidos se aceleraban por el conocimiento de que el viaje estaba terminando y mi sociedad con la impasible y vieja *Marquesa* debía terminar, quizás para siempre. No creo que ella sienta un afecto real por mí, pero me había ganado su confianza: ella sabía que podía depender de mí para una alimentación más que generosa. Era, a menudo, obstinada y me había sacado de quicio porque ella nunca iría a una fuente extraña sin varios minutos de pacientes mimos; nunca permitiría ser guiada por mí lo suficientemente cerca de un terraplén para que yo montara con facilidad (y no había siempre una silla a mano); pero, de haberla, la hubiera probado confiada, con paso seguro y cómodo, podía confiar en pastar sin extraviarse, y, a causa de un trabajo constante y satisfecha, estaba ahora en una condición tan estupenda que yo no podía esperar a que Eudo y Rosemary (los dueños que le prestaron la yegüa) la vieran.

- ¡Qué músculos! ¡Qué lustre en su pelo!

Parecía como si tuviera dos horas de cepillado al día, pero, en realidad, el único acicalamiento que tenía era el cepillado de sus patas y la panza para quitarle el barro con un cepillo de caballo. En cuanto a los métodos alimenticios del sur de España, no sé como respondería la cebada sin hervir para un trabajo rápido (se dice que es malo para el viento) pero para el trabajo lento parece ser mejor que la avena, o digamos que da más crédito al propietario por el maravilloso lustre que adquiere el pelo del animal.

Aparte de la compañía de *La Marquesa*, de la que había disfrutado durante el pasado mes, yo había visto seres humanos como Dios manda.

Viajar a caballo parece sacar todo lo mejor del carácter de las personas que encuentras y tú no los ves durante el tiempo suficiente como para ponerse los nervios de punta unos a otros. Los taberneros, sus esposas e hijos, mis compañeros de las posadas, las familias que me introdujeron en sus casas, los párrocos y sus coadjutores, incluso los miembros ultrajados de la Guardia Civil, todos me habían ayudado. Había disfrutado del trato más amistoso y generoso, añadiendo la extraordinaria belleza de su paisaje, me hicieron sentir que había cabalgado a través del jardín del Edén antes de que Dios expulsara a Adán y Eva.

Hacia la tarde llegué equivocada a un barranco. Pero, un labrador que volvía a casa con sus mulas, me corrigió. Él me dijo que, cuando llegara al final, vería mi destino, Campotéjar, a media hora de cabalgadura. Pregunté cuánto tiempo me llevaría en total y me horroricé porque pensé que me había dicho cinco horas. De hecho me dijo cinco cuartos, que era su forma de decirme una hora y cuarto. Cuando finalmente salí del barranco me encontré un ancho camino de herradura por el sureste, pero no había señales de un pueblo. Cuando continuamos, en el crepúsculo, oí el sonido de los cencerros de las ovejas y vi un humo blanco saliendo por detrás de una pequeña colina. Entonces me di cuenta que Campotéjar estaba detrás. Este humo blanco es uno de los muchos atractivos de los pueblos españoles, especialmente por las tardes y por las mañanas temprano. Y el olor varía con la zona: cebada, pino, olivo, romero, lavanda y mejorana, según lo que crece en las montañas o sierras más cercanas. Estábamos cabalgando por un suave camino de tierra cuando sentí que algo salía de mi mochila. Era mi rollo de papel higiénico que se había estado desenrollando durante yardas. Paré y lo recogí. Un niño pastor con un rebaño de ovejas y cabras me estaba siguiendo, pero yo estaba segura de que él no sabía lo que era y por tanto no me avergoncé.

Mientras cabalgábamos hacia Campotéjar, las campanas tocaban para misa de la tarde, pero yo estaba demasiado cansada como para pensar en nada que no fuera dormir. Ocho horas montando con el estómago vacío era mejor que cualquier pastilla para dormir. Y en todo ese tiempo no había dado ni un paso sobre alquitrán y sólo había visto un coche en una pequeña carretera cerca de Huelma.

La posada estaba en una calle ancha de casas bajas y era la única que encontré en mi viaje en la que había dos entradas separadas, una para los humanos y otra para las bestias. Fui al establo que estaba en la parte de atrás. Allí había siete burros comiendo paja. Afortunadamente el posadero tenía su propio abastecimiento de cebada por lo que no tuve que salir en busca de una tienda para comprarla. Entré en la casa por una serie de dos o tres almacenes y a través de un diminuto patio en el que había un wáter que, una vez más, demostraba la profunda originalidad de los arquitectos de las posadas: tenía cuatro paredes pero sin techo. Te sentabas en la taza y mirabas las estrellas. Sir Edwin Lutyens tuvo la misma idea en Nueva Delhi, pero para una sala de recepción en la casa de Viceroy. Afortunadamente hacía una noche buena.

Me mostraron una bonita habitación con un buen lavabo inclinado, algunos ganchos en las paredes y un suelo de piedra en el que yo extendí mi alfombrilla de papel marrón. Cuando desempaqueté bajé a una estrecha cocina que no tenía ventanas, pero que sí tenía una gran y maravillosa lumbre con mucha leña que ardía lentamente y que nos proveía de un agradable calor. Me senté en una silla baja y pedí dos huevos cocidos para cenar. Después me fui rápidamente a dormir. A las nueve la posadera me despertó y me llevó a un comedor muy iluminado con una cálida mesa camilla. Me comí un huevo y medio y me quedé dormida otra vez sobre mis brazos cruzados. A las diez y cuarto me despertó un miembro de la Guardia Civil que quería conocer mi identidad. Tristemente recité lo mismo de la última vez: “*Soy inglesa, soy una viajera por estas sierras, vengo de un cortijo del Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo...*” Y como de costumbre pasó más tiempo estudiando los papeles de *La Marquesa* que los míos.”

